

Está Comenzando, El Mundo Susurra

Pasada la entrada del ferry hay un vestíbulo lleno de máquinas expendedoras. Los camioneros de largo recorrido están sentados en una mesa redonda como si estuvieran en casa, ya abriendo sus cervezas.

—¿Has visto eso?

—¡Y tanto! ¿Qué crees que era?

—Un gato, diría yo.

—Juro que he visto una silla corriendo por la rampa.

—¿Un juguete, quizás?

—Más bien un dron. Y uno bueno, además.

¡Ay, ahora somos cotilleo! Cruzo el vestíbulo a paso ligero, escaneando las esquinas en busca de Souta y el gato. Soy muy consciente de las miradas de los hombres de mediana edad mientras paso con mi uniforme empapado de sudor. Sus miradas me hacen sudar aún más. Subo corriendo las escaleras, atravieso el salón con algunos pasajeros dispersos, subo otra escalera y salgo al corredor exterior que da al mar.



—¡Maldita sea, ¿dónde estáis?! —Estoy enfadada. Siento que mi mascota está molestando a la gente, y ni siquiera la pedí.

Al final del estrecho corredor está la cubierta trasera, azotada por el viento.

—¡Ajá!

Allí están. En medio de la cubierta, zarandeados por las ráfagas, el gatito y la sillita infantil se enfrentan a unos dos metros de distancia. De repente, me siento mareada, incapaz de decidir si esto es real o una pesadilla infantil.

—¿De qué huyes? —brama Souta, abalanzándose sobre el gatito.

El gato blanco retrocede mientras él avanza.

—¿¡Qué le has hecho a mi cuerpo!? ¿¡Qué eres!?

El gato sigue retrocediendo en silencio. Pero detrás tiene la barandilla, y más allá, el mar.

—¡Respóndeme!

La silla dobla sus patas profundamente y se lanza sobre el gato. El gato esquivo ágilmente y escala el mástil del radar, alto y delgado, en la parte trasera del ferry.

—Maldita sea —digo con un suspiro—. Se ha escapado.

Corro hacia Souta y miramos juntos hacia el mástil. El pequeño gato blanco está encaramado a quince metros sobre nuestras cabezas, en lo alto del poste.

—Suuuzume.

Me está mirando, sus ojos amarillos redondos brillan de emoción.

—Hasta luego —dice con voz juvenil y descarada antes de lanzarse hacia el mar.

Me quedo boquiabierta. Pero cae en una lancha patrullera que se acerca al ferry por detrás.

—No puede ser.

La lancha patrullera adelanta al ferry. Souta y yo solo podemos mirar atónitos cómo se aleja a toda velocidad. Pasados unos minutos, miro hacia atrás. La costa de mi pueblo ya está muy lejos. La estela del ferry se extiende hasta el muelle como un largo cordón umbilical, brillando al sol poniente mientras se deshace.

* * *



—Te he dicho que esta noche me quedo en casa de Aya... No. Como te he dicho, lo siento. Prometo que volveré mañana, así que no te preocupes por mí.

En un rincón de un tocador tenuemente iluminado, aprieto el móvil contra mi oreja. Uso la palma de la mano para taparlo y la boca para que Tamaki no oiga el incesante rugido del motor bajo mis pies.

—¡Eh, espera, Suzume!

Puedo imaginarme perfectamente su expresión mientras contiene las lágrimas.

—Está bien si quieres quedarte a dormir fuera, pero ¿qué hacías con el botiquín en tu habitación? ¿No te has hecho daño, verdad?

—Te he dicho que estoy bien. Cuando nos cruzamos en la entrada, no pasaba nada, ¿recuerdas?

—¿Y por qué has cogido las sardinas secas? Pensaba que no te gustaban.

Mi tía es muy observadora. Me la imagino mirando la pared de fotos mientras hablamos. Obras de teatro escolares, festivales deportivos, dos graduaciones, tres ceremonias de ingreso. Tamaki está a mi lado en todas las fotos, sonriendo de oreja a oreja. Mi sonrisa siempre es un poco forzada. Hay fotos así por toda la casa.

—Ni quiero pensar en esto, pero... —dice, llenando el silencio mientras busco una respuesta—. ¿No estarás viendo a algún hombre extraño, verdad?

—¡No, estoy bien! ¡No es nada de eso! —grito, y cuelgo.

Suelto un largo suspiro. Sé que solo la he preocupado más. A este ritmo, solo estoy alimentando su sobreprotección. Pero me digo que mañana lo arreglaré y salgo del tocador.

Ahora que lo pienso, es la primera vez que tomo un ferry nocturno. El mar es infinitamente negro y parece aún más profundo



que durante el día. Si me dejo llevar por el pensamiento, saber que una fuerza tan enorme se agita bajo mí me da un miedo insoportable. Apago la imaginación, subo las escaleras y salgo al corredor exterior. El viento me revuelve el pelo. Al final del corredor, junto a la base de las escaleras que llevan a la cubierta de observación, Souta está sentado en silencio. La luz de la luna brilla tenuemente sobre la sillita infantil. Pero, ¿de verdad es él esa silla? La ansiedad me invade de nuevo. Entonces pienso en lo mucho más ansioso que debe de estar él y decido, al menos, fingir alegría.

—¡Souta! ¡Este barco atracará en Ehime por la mañana! —digo mientras corro hacia él, repitiendo lo que me contó uno de los empleados del ferry.

—El barco al que saltó el gato probablemente va al mismo sitio —responde Souta.

En cuanto oigo su voz, la silla gira hacia mí con un crujido. Resisto el impulso de apartarme y continúo con tono alegre.

—¡He comprado pan! —dejo la bolsa junto a Souta y me siento a su lado.

Hay un bollo relleno de yakisoba, un sándwich de crema de leche y dos cartones de leche—uno de café y otro de fresa—todo sacado de las máquinas expendedoras del vestíbulo.

—Gracias —dice. Su voz suena como si estuviera sonriendo un poco. Me siento aliviada.

—Pero no tengo hambre.

—Oh...

Tiene sentido. ¿Cómo va a comer con el cuerpo de una silla? Incluso yo dudé si comprarle algo cuando fui a la máquina. Para evitar que me suene el estómago, y para que él no lo oiga si lo hace, me abrazo las rodillas con fuerza contra el pecho. No he comido nada desde el desayuno. Nos quedamos un rato con la bolsa de pan entre los dos, mirando el cielo estrellado que fluye lentamente sobre nosotros. La luna, casi llena, ilumina las cimas de las nubes. El corredor de acero está frío por la noche.



—Eh... —digo, sabiendo que no puedo quedarme callada para siempre—. ¿Qué pasa con eso de ser una silla?

—...Creo que el gato me ha maldecido.

Se ríe un poco, con tono autocrítico.

—¿Te ha maldecido...? ¿Estás bien? ¿Te duele o algo?

—Estoy bien —responde.

Sin pensarlo, paso la mano por encima de él.

—Estás caliente...

La silla está tan cálida como una persona. La palabra “alma” me viene a la cabeza. Si algo así existe, debe de tener esta temperatura. La luz de la luna brilla débilmente en los ojos de la silla—o mejor dicho, en las dos hendiduras talladas en el respaldo.

—Tengo que hacer algo con esto —murmura Souta, mirando la luna.



Reúno valor y digo:

—Eh, hay algo que me ronda la cabeza...

Y le cuento lo de la estatua de piedra en el hotel.

—¡¿Una estatua de piedra en las ruinas...?! —casi grita cuando termino—. ¡Esa es la Piedra Angular! ¿La sacaste?

—¿Supongo? Solo...

Solo la cogí porque me dio curiosidad. Intento explicarme, pero él sigue hablando solo, como si pensara en voz alta.

—Interesante... así que ese gato debe de ser la Piedra Angular. Si ha abandonado su responsabilidad y se ha escapado, entonces...

—¿Espera, qué quieres decir?

—¡Tú liberaste la Piedra Angular y me maldijo!

—¡Eso no puede ser! —digo, confundida.

Pero, curiosamente, tiene sentido. La cara tallada en la piedra no era de zorro; era de gato. Recuerdo cómo se sintió cuando se transformó en un animal entre mis manos.

—Lo siento. No lo sabía... Pero, ¿qué hacemos ahora...?

Los ojos de la silla bajan de mi cara al suelo. Souta suspira suavemente.

—...No, es culpa mía por tardar tanto en encontrar la puerta. Tú no has hecho nada mal.

—Pero...

—Suzume, soy un Closer.

—...¿Un Closer?

Con un crujido, gira hacia mí. Levanta la pata delantera, se pone sobre las dos traseras y usa la delantera para levantar la llave que cuelga de su respaldo. Me la muestra—es la elaborada que traje de mi habitación. Se la colgué al cuello después de que el gato escapara.

—Cierro puertas que se han abierto para evitar que salgan desastres de ellas.

Con un golpecito, su pata vuelve al suelo.

—A veces, algo llamado Puerta se abre en lugares de donde la gente ha desaparecido. Cosas malas salen por esas puertas. Así que yo las cierro y devuelvo la tierra a la cuna—al dios que



originalmente la poseía. Por eso he estado viajando por todo Japón. Eso es lo que hacen los Cerradores.

Puerta. Cerradores. Dioses de la tierra. Todo esto es nuevo para mí. Pero al mismo tiempo, siento que lo he oído antes. No sé qué significa nada de esto, pero en lo más profundo de mi mente, una parte de mí entiende lo que está diciendo.

Mientras me pregunto por qué, él dice con mucha amabilidad:

—Suzume. Debes de tener hambre.

Empuja suavemente la bolsa de pan hacia mi rodilla con la pata delantera, animándome a comer.

—Sí... —admito.

Cojo el sándwich de crema dulce y rasgo el envoltorio de plástico con ambas manos. Un aroma dulce flota hasta mi nariz y enseguida se lo lleva el viento del mar.

—Si convierto al gato de nuevo en Piedra Angular y encierro al gusano, seguro que volveré a mi forma original —dice.

Seguro que está poniendo la voz extra suave para tranquilizarme.

—No tienes de qué preocuparte. Deberías volver a casa mañana.

La dulzura espesa del pan y la crema se funde con la voz suave de Souta y se me mete dentro. Ya no me parece extraño oír esa voz saliendo de mi vieja sillita infantil.

* * *

Esa noche, vuelvo a tener el sueño. Soy una niña perdida. Pero no estoy en el prado estrellado. Creo que esta vez estoy un poco antes de llegar al prado. El sueño es una historia larga, y según la noche, puedo estar al principio, viendo el medio o viviendo el clímax. Creo que esta vez estoy al principio de la historia. Es tarde por la noche, en pleno invierno. No creo estar muy lejos de casa, pero, curiosamente, todos los edificios que reconozco han desaparecido y no tengo ni idea de dónde camino. Las calles están vacías. El suelo está cubierto de aguanieve, y con cada paso, el barro frío pesa en mis zapatos. La tristeza, la soledad y la preocupación forman parte de mí, se han acumulado en mí y



chapotean en mi pequeño cuerpo mientras camino. Hace frío. Nieva, y el cielo y el suelo están pintados de gris oscuro. Una luna llena, de un amarillo pálido, cuelga en el cielo como un pequeño agujero en el lienzo. Debajo, puedo ver una torre de radio. Es la estructura más alta de la zona y la única que reconozco.

—Mamá, ¿dónde estás?

Mientras camino gritando su nombre, finalmente veo una puerta. Es la única estructura que queda entre los escombros cubiertos de nieve. El revestimiento está mojado por el aguanieve, brillando a la luz de la luna. Mi mano se acerca al pomo como si algo me atrajera, y lo agarro. El metal helado se pega a mi piel. Giro el pomo y empujo la puerta. Chirría al abrirse. La niña que soy se sorprende de lo que hay dentro, pero al mismo tiempo, siento que conozco bien ese lugar. Lo veo por primera vez, pero me resulta nostálgico. Como si me rechazara pero también me llamara. Estoy triste y emocionada a la vez. Cruzo la puerta—al prado bajo el brillante cielo estrellado.

* * *

¡Bang!

Me despierto con el sonido de algo que se cae.

—¿Souta?

La silla está volcada, con las tres patas en el aire.

—Vaya forma de dormir...

¿Está dormido, verdad? Me siento. Más allá de la barandilla, el océano brilla naranja. Una bandada de gaviotas revolotea como una panda de niños camino del colegio. Un sol translúcido cuelga impecable en el cielo color uva. Es el amanecer. Hemos dormido en un rincón del corredor exterior.

—Souta —digo, sacudiendo la silla.

No responde. Pero, como la noche anterior, la madera está caliente. Está dormido. Aliviada, me levanto. Me inclino sobre la barandilla y miro en la dirección a la que vamos. Islas de varios tamaños rodean el ferry. Hay algunos barcos en el agua. Es el mar de Uwakai—estamos en el canal de Bungo. A lo lejos, sobre el agua plateada, distingo un puerto salpicado de grúas. El olor del



mar se mezcla con el de gasóleo, plantas, pescado y vida humana. De repente, la bocina del ferry resuena. Siento que todo el mundo anuncia alegremente: ¡Empieza! No sé si lo que empieza es mi viaje, mi vida o simplemente el día. Pero lo importante es que los sonidos, los olores, la luz, el calor del cuerpo de Souta—todo me susurra que algo está a punto de comenzar.

—...Estoy tan emocionada —murmuro mientras contemplo el océano bordeado por el sol de la mañana.

